de hablar, he de proseguir y os he de arrancar la máscara que encubre vuestras mentidas promesas: vosotros, filósofos y políticos de nuestros dias. que tanto cacareais vuestra filantropía, falsos tribunos de un pueblo que engañais, aparentando defenderle, decidme: ¿qué habeis hecho por el hombre? ¿qué por la humanidad? Nada; y si algo pueden llamarse las revoluciones sangrientas en que vuestras teorías nos han precipitado, no será ciertamente para vuestro elogio de humanitarios: ; humanitarios! vosotros que traficais con la sangre del pueblo, jah nunca! Mas pasemos adelante, y ya que os creeis superiores al clero, ya que proclamais descaradamente que habeis hecho más que él por la sociedad, permitidnos esponer vuestros buenos servicios en paralelo con los de ese sacerdocio, de cuya tiranía habeis librado al hombre.

Yo veo, y la historia me presenta en todos tiempos sacerdotes combatiendo en público y en secreto los escesos del poder y los abusos de la fuerza: yo los veo abogando por el pueblo, por el pobre, por la viuda, por el huérfano y por el desvalido: yo los veo siempre de parte del débil y del menesteroso. ¿Y vosotros? Vosotros ¡ah! vosotros habeis arrancado ó pretendido arrancar de manos del clero el cetro que empuñaba para bien del hombre, porque era un cetro regido por el amor y modelado por la caridad: ¿y qué uso habeis hecho

de él? Os habeis lanzado á la arena con él, habeis compuesto tratados, dirigís periódicos, manteneis esos focos de civilizacion, esas tribunas de protectorado, ese arsenal de armas contra el desenfreno del poder; pero como el amor á la humanidad no es mas que un pretesto, y las obras no corresponden á las palabras ni á los escritos, de aquí resulta, que nada haceis mas que alucinar las masas para conducirlas á vuestros fines y hacerlas servir de escabel para vuestra exaltacion. Yo, la Europa, el mundo entero, contemplamos un tribuno hoy, vemos mañana un periodista que aboga por el pueblo, que critica los actos del gobierno, que censura los abusos del poder; pero este mismo tribuno tan ardiente, tan fogoso, que tanto grita y censura, no tiene su alma desprendida del interes; ambiciona, y si ataca al gobierno, si reprueba sus actos, si pone de manifiesto sus escesos, lo que menos tiene en cuenta es el bien del pueblo y del Estado, y consulta mas al egoismo que á su deber; no lo hace como siempre lo hizo el sacerdocio movido por una caridad que está muerta en su corazon, ni por una fé que no ha recibido, ni por una esperanza, que desconoce, sino con la mezquina perspectiva de encumbrar sus patronos, los gefes de las banderas en que milita y en quienes espera hallar la recompensa de su trabajo, con la posesion de un pingüe destino en que chupar la sustancia del esquilmado pue-

blo, comer del sudor del pobre y vejar al oprimido y remachar los clavos de la cadena que aprisiona y maltrata al infeliz; al reves el sacerdocio, jamas por su proteccion buscó recompensa mundana; jamas, como el periodista, se convirtió en panegirista del poder tiránico, ni en adulador del magnate; su recompensa la buscaba en el cielo como premio de su ardiente caridad en la tierra; y al hacer frente al poder, al censurar sus actos, al anatematizarlos, no perdia de vista que su mision evangélica era condenar el vicio, ensalzar la virtud y sacar triunfante la verdad, esponiéndose á todo por salvar tan caros objetos, y en su elevado ministerio no comia con el ardor del miserable, ni se gozaba con el llanto del huérfano y la viuda, porque no habia olvidado que el Señor tiene dicho: "lo que hicieseis por los pobres y desvalidos lo recibiré como hecho en mi obsequio, y os lo recompensaré en el cielo;" doctrina admirable que están muy lejos de seguir los utopistas que no conocen mas Dios que su vientre.

En aquellos tiempos, en medio de una sociedad que yacia víctima de la molicie, de la corrupcion, y de males de toda especie; cuando el pueblo y la nobleza estaban sumidos en una criminal ociosidad; cuando los vicios la tenian dominada y la virtud parecia haber abandonado los mundanos y solo hallar acogida en el sacerdote, este celoso ministro del Dios de las misericordias era el único

que trabajaba y conservaba energía para oponerse al torrente que todo lo inundaba, y á él acudian de todas partes y toda clase de personas para encontrar en sus consejos y buenos oficios la tranquilidad y el bien que la sociedad les negaba; en sus palabras y oraciones confiaban hasta sus enemigos, y pasma seguramente ver agolpados en torno de la columna del Estilita Simeon, un numeroso tropel de peregrinos de todas naciones y creencias á buscar sus consejos; asombra ver los adivinos de la Persia y la Arabia reclamar su intercesion, al emperador Teodosio III consultarle, á los sarracenos disputarse sus bendiciones en vida, y repartirse despues de muerto sus reliquias.

Hechos admirables que quisiéramos que los filósofos del dia nos descifrasen, y que dijeran, si aquellos encarnizados enemigos del cristianismo eran tambien del número de los alucinados por el sacerdocio, y tenian interes en hacer triunfar las mismas doctrinas que perseguian, ó estas deferencias, esta veneracion, nacian de la íntima conviccion en que estaban acerca de la virtud nunca desmentida del celoso sacerdote que consultaban, del varon santo cuyas oraciones demandaban, del hombre admirable ante quien su erguida cabeza se inclinaba. Para nosotros, aunque menos ilustrados que los enemigos del clero, y menos sabios en las cosas del mundo, siempre son y serán justos estos actos por los que el clero adquirió su prestigio; y aunque menos humanitarios los sacerdotes que ellos, diremos que estos beneficios hechos á la humanidad, no se han despreciado, ni desconocido por el pueblo que, si no es sabio, tiene sin embargo muy buen criterio y no es ingrato para con los que le favorecen, y de aquí nace su respeto al sacerdocio.

Y no era solo este ejemplar: en el norte del Euximo, entre los copos de nieve que una atmósfera helada envia continuamente sobre la tierra, en la cima de un monte espuesto á los vientos v á las escarchas, habia establecido su mansion en lo alto de una columna Daniel, y allí tambien como á los piés de Simeon acudian los bárbaros y los romanos, allí tambien hallaban consuelo, allí tambien entre tanta austeridad habia un corazon caritativo que los consolaba, allí habia un justo que huyendo del mundo buscaba el hombre para su consuelo, allí en aquel desierto era visitado un penitente cristiano, un fanático, segun la espresion de nuestro siglo, un hombre inútil para la sociedad. por la sociedad misma, y allí los hombres entonces, lejos de creerle inútil y fanático, le consideraban santo y utilísimo para su consuelo, y tanto, que apenas habia una lágrima, una angustia, una afficcion, que no consolasen sus palabras; y cuidado que no era solo el pueblo ignorante y sencillo el que le imploraba sus oraciones, le confiaba sus desgracias, mendigaba sus cuidados: el emperador Leon le consideraba como salvaguardia de su reino, y se remitió á él para celebrar un tratado con ciertos estranjeros; el patriarca de Constantinopla le obligó por la obediencia á descender de su columna para sosegar un cisma de la iglesia de Antioquía, y despues que lo consiguió se volvió á continuar su estraña penitencia.

En uno de los arrabales de Constantinopla vivia otro solitario, cuya fama de virtud era tal en la ciudad, que Teodosio el Jóven fué á visitarle de incógnito: entrando en su miserable habitacion no vió otras provisiones que algunos pedazos de pan metidos en una cesta; "por lo cual, padre mio, le dijo, dadme vuestra bendicion, y comeremos en seguida." A lo que el solitario contestó, tomando un poco de agua, echando dentro unos granos de sal y un poco de pan, cuyo frugal alimento compartieron entre los dos, á vista de lo que, el emperador se descubrió, y lleno de admiracion esclamó: "¡Cuán venturoso sois vos, que en la soledad, exento de las molestias del siglo, pasais una vida tranquila y sosegada, sin mas cuidado que el de las almas, sin otra idea que la de alcanzar la perfeccion para haceros digno de las eternas recompensas! Por lo que hace á mí, nacido en medio de la pompa del trono, puedo decir que jamas me he sentado á la mesa sino con un espíritu agobiado de desvelos. A orpo adas orproquestacejin Seria necesario muchos volúmenes para referir uno por uno todos los hombres eminentes que, desprendiéndose de sí mismos y sin ninguna mira terrena, se sacrificaron por sus hermanos y fueron el oráculo de su siglo, y la panacea que curaba todas las llagas del alma; varones ilustres de esta religion de caridad, verdaderos apóstoles que llevaban á todas partes costumbres humanitarias, que amansaban corazones feroces con sus consejos, que con sus palabras moderaban el ímpetu de los magnates, inculcaban en ellos la caridad, en sus subordinados el respeto, y sacaban del caos la civilizacion para que con su luz hermosa iluminase el mundo. Estas son verdades inconcusas que todo el mundo sabe, que todos confiesan menos los enemigos del clero que, ó las callan ó las interpretan; pero en cambio nos esponen sus teorías como un campo que nos ha de dar frutos opimos de dicha; en cambio nos hablan de filantropía, y alguno sé yo y conoce el mundo entero, que cuando clama porque se hagan haciendas, modelos y bancos de ahorro para los pobres, malgasta en sus perros lo que podia servir para el sustento de dos familias, y no dá una limosna á un necesitado: esto no puede decirse del clero egoista y ambicioso, que sin embargo de su corrupcion, nunca fué indiferente á las miserias del hombre, y nunca desoyó los quejidos de un hermano indigente, porque sabe que "la limosna abre las

puertas del cielo y borra la multitud de los pecados."

Yo bien sé que si estos hombres estraordinarios llevasen el nombre de Diógenes ó Caton, se oiria un grito general de admiracion por todas partes, y sus enemigos se convertirian en panegiristas; pero como no visten la toga ni el manto filosófico, sino el hábito ó el manteo; como no se anuncian entre el estruendo del foro, ni la gritería del circo y del anfiteatro; como no viven en el bullicio, sino que sus delicias están en el desierto, sus almas gozan en el silencio de la virtud, y sus deseos están en la patria celestial, pasan desapercibidos y aun burlados por un mundo que no es digno de poseerlos, y viven entre los insultos de unos hombres, cuya conducta reprenden con su virtud, y cuyos empedernidos corazones distan mucho de la filantropía que sus labios pregonan; hombres para quienes los gritos de la humanidad son indiferentes, y que entre la lubricidad de las orgías ahogan los gemidos del pobre, del huérfano, de la viuda cuyo padre y defensor es el sacerdote del Señor, que los consuela en sus desgracias y miserias.

Yo bien sé que si estos hombres, cuyos hechos me complazco en reseñar, lejos de triunfar de sí mismos y sus pasiones, se presentaran al frente de aguerridas y asoladoras huestes, uncidos al

carro triunfal de sangrientas victorias, pueblos y naciones enteras, despojos tristes de la oprimida humanidad, entonces los que hoy los insultan entonarian himnos en su alabanza, y poblarian el aire con sus panegíricos; pero como su norte es edificar y no destruir, civilizar y no esterminar, por esto el mundo se burla de ellos y los escarnece, y es natural que estas sencillas virtudes yazcan en el desprecio por los admiradores de héroes homicidas que ensalzan como una virtud santa los crímenes, que celebran en sus escritos la libertad arrebatada á las naciones, la gloria que consiste en degollar pueblos enteros, en vender como esclavos las imágenes vivas de su Dios, en traficar con el llanto y los padecimientos de la afligida y aherrojada humanidad. Por lo que hace á nosotros, siempre atentos al bien de la sociedad, siempre solícitos al llanto del oprimido. herederos de la doctrina del sacerdocio, cuyo traje vestimos, y cuyo ministerio heredamos, celebraremos siempre como un bien hecho á la sociedad y á la civilizacion el momento en que el pobre sacerdote se presenta ante el desapiadado guerrero que no conoce otros límites que los de su propia fuerza y su feroz desenfreno, y esponiéndose á sus iras detiene el golpe de su afilado acero en el momento de descargarle sobre un padre de familia, acobarda su deshonesto apetito en el instante de deshonrar una esposa ó desflorar una vírgen, y hace entrar en los límites del deber al hombre que sin temor del porvenir convierte el presente en humillar la humanidad y hacerla servir de pábulo á sus maldades; entonces sí que llenos de admiracion á vista del poder de la religion celebramos el triunfo de la humanidad y de la justicia, y bendecimos al Señor que escoge segun los tiempos los medios de sus misericordias.

Estos hechos de que el mundo fué testigo y que la historia nos ha legado, dicen mas en defensa del clero que nuestras palabras; ellos demuestran la justicia y los honestos medios con que el clero adquirió su poder y su prestigio; ellos son un título honroso de sus adquisiciones, y yo quisiera que sus detractores los presentaran iguales para poderlos encomiar; pero no, muy al contrario son por desgracia sus derechos: ellos se fundan en la mentira y la seduccion, y si defienden la humanidad es porque en sus palabras ven el medio de erigirse en sus tiranos, y si claman por la civilizacion es por seguir el torrente del siglo y ponerse al frente de una sociedad que han trastornado. Enumeren sus hechos en favor de estos objetos, y ellos nos revelarán el mezquino interes con que se han proclamado, y el objeto miserable con que las palabras humanidad, civilizacion, se han esculpido en los mármoles, y se han tomado por lema de sus estandartes. Estandartes de triste augurio, manchados con la sangre de los hombres y ennegrecidos con el humo del incendio, y los borrones del saqueo y la profanacion. Esto no puede decirse del clero sanguinario, egoista y bárbaro

Pero avancemos en nuestro trabajo, y que la historia nos demuestre lo que hizo la Iglesia en su triunfo, el sello que imprimió en el mundo intelectual y material, el progreso en que colocó las ideas, las ciencias, las artes, y luego podremos entrar en cuentas con nuestros hombres del dia y poner en paralelo sus ideas y sus hechos con las del clero, y deducir en pro de cuál de los dos está la razon, y á quién debe mas la sociedad, el mundo, la civilizacion y la humanidad; esto será el objeto de los capítulos siguientes. Nosotros no dudamos del triunfo, porque si bien conocemos la debilidad de nuestras fuerzas y nuestra falta de ilustracion, confiamos mucho en el buen criterio de nuestros lectores, que no permanecerán ciegos á la luz de la verdad, ni sordos al poderoso eco de los hechos; y si de todo esto no estuviéramos convencidos, si contra nuestro dictámen, que no seria estraño, la obcecacion cerrase á la verdad los medios de llegar al alma, y la mentira adornada con las galas de la prostitucion se hiciese escuchar de corazones corrompidos en que por tanto tiempo ha reinado, entonces confiaremos en los auxilios de la gracia, y en la palabra de Dios,

que siempre protegerá su causa, y con este poderoso auxilio, ó entonaremos el himno de la victoria, que serán las alabanzas á Dios, ó nos convenceremos que los de esta generacion somos indignos de sus misericordias, estamos oprimidos por el cetro de hierro de su justicia, y no conocemos la verdad.

PENA DE MUERTE. - DOCTRINA DE LA IGLESIA Y D LOS SANTOS PADUES SOBRE ELLA. - TOLERANCÍA

DEL GRISTIANISMO.

STATE OF

Chando se hable sobre la pena de masere en el

su existencia o nuolicion; cumdo en lados los encutos, divididos los pareceres se aguan unos por-

to que pretendences legislar el anundo, súanos 14

conduxes at origin de la doctrina que está por

Natio ignoraque antes del cristianismo no hu-

tieglar. Tedes estaban confermes en la aplicacion

foreshe hasta el estremo, de quitar la vida d'ens

sisoliu souloud susa wasta has bioliuu susas seastata